

Nadie mide así (escrito por Paulvika)

La primera vez que vi la casa pensé que era demasiado grande para mí. La agente inmobiliaria hablaba de la suerte que tenía de encontrar algo así “por este precio”. Yo asentía, pero miraba el pasillo, que parecía alargarse unos centímetros cada vez que me quedaba callada. Hay espacio de sobra —dijo. Eso fue lo que me convenció. Venía de un piso mínimo y tenía ganas de estirar los brazos sin chocar con nada.

Las primeras noches dormí en un colchón en el suelo, en lo que decidí que sería mi habitación. Tenía una ventana al este y un armario empotrado que olía a alcanfor y a polvo antiguo. Me gustaba el sonido hueco de mis pasos. Sentía que, por fin, el mundo no se me caía encima.

Tardé unos días en darme cuenta de que había algo raro. No fue un ruido ni una puerta que se cerrara sola. Era la distancia. La cocina me parecía un poco más lejos cada mañana. Al principio lo achaqué al cansancio, al cambio y a mi manía de exagerarlo todo. Pero una tarde, al volver del supermercado, juraría que el tramo desde la entrada hasta la despensa era más largo que la semana anterior. Me quedé quieta en medio del pasillo con las bolsas colgando de los brazos y conté los pasos hasta la cocina: ocho. Al día siguiente volví a contarlos. Nueve.

La casa tenía algo, como si respirase al ritmo de quien la habita. Los primeros días pensé que era yo quien se estaba encogiendo. Había pasado demasiado tiempo plegándome para no molestar, para no ocupar, para no pedir. Igual mi cuerpo estaba acostumbrado a recogerse y lo notaba más. Sin embargo, hubo un detalle que me descolocó del todo. Estaba guardando ropa en el armario empotrado cuando vi, al fondo, una rendija entre dos tablones. Metí la mano y encontré un papel doblado muchas veces. Era una hoja arrancada de un cuaderno, escrita con una letra pequeña y apretada, de esas que piden perdón por estar en el papel. “Plancha. Pagar luz. Compras colegio. Llamar médico. No llorar delante de los niños. *Amalia*”.

Empecé a fijarme en los detalles. En la pata de la mesa del comedor había marcas de lápiz: “*Lola, 6 años*”. Unos centímetros más arriba, otra raya incompleta: “*Mamá*”.

En la cocina había un clavo en la pared donde parecía haber colgado algo durante años. Alrededor del clavo, la pintura estaba más limpia, como si allí hubiera vivido una

ausencia. Podía imaginar el calendario de turno, con cumpleaños, citas de médicos, horarios de actividades extraescolares... Ahora solo quedaba el clavo, hueco, sosteniendo el peso de lo que ya no estaba.

En una de las habitaciones que no usaba encontré un delantal colgado detrás de la puerta. Tenía manchas amarillentas y un nombre bordado a mano, con hilo azul: *Paquita*. Al descolgarlo, la pared pareció alejarse unos milímetros. La casa no estaba vacía. Eso ya lo sabía. Pero no estaba llena de fantasmas: estaba llena de mujeres.

Una tarde que parecía que el cielo me llovía dentro de los huesos, buscando una manta, abrí el altillo del pasillo. Dentro había una fotografía en blanco y negro. Era el salón de la casa, más pequeño. Una mujer joven estaba sentada junto a la ventana; dos niñas jugaban en el suelo; al fondo, un hombre leía el periódico. Lo que me llamó la atención no fueron sus rostros, sino la disposición en la habitación. Ellas ocupaban los márgenes: la madre pegada a la pared, las niñas casi en el hueco entre el sofá y el aparador. El centro del salón estaba vacío. Vacío y, sin embargo, parecía reservado para algo que no se veía. Le di la vuelta a la foto. Al dorso, con la misma letra que la lista del armario, estaba escrito: "*Verano del 68. Aquí aún cabíamos*".

Me senté en el suelo con la fotografía en la mano. Sentí el peso de la casa sobre mí, como si los techos, de repente, estuvieran un poco más altos. A partir de entonces empecé a medir. No con cinta métrica, sino con el cuerpo. Extendía los brazos en el pasillo y cada semana podía hacerlo un poco más sin tocar las paredes. Contaba pasos, marcaba distancias. Pronto noté un patrón: cada vez que yo renunciaba a algo, la casa se estiraba unos milímetros.

El día que dije que sí a quedarme horas extra en el trabajo, siendo "la única que podía hacerlo", juraría que el techo del salón subió un poco. La mañana en que cambié un café con una amiga por ir a hacer compras pendientes "porque si no, no me da la vida", el pasillo hacia el baño pareció duplicarse. Cuando acepté callarme en una conversación donde alguien hizo un chiste que me dolió, la cocina pareció perder su escala: mi taza tardó más en llegar de la encimera al fregadero. Sabía que sonaba absurdo. Pero también sabía reconocer cuándo algo no era una coincidencia. Había pasado demasiados años en casas pequeñas viendo cómo eran las mujeres que se encogían para que cupieran todos los demás.

Una noche, incapaz de dormir, bajé al salón sin encender la luz. La oscuridad no era completa; la farola de la calle dibujaba sombras en las paredes. Y entonces lo vi: las esquinas parecían respirar. No era un movimiento brusco, sino una exhalación lenta, casi imperceptible, como la de un animal cansado. —¿Qué quieres de mí? —pregunté en voz baja apretando los dientes como cuando hablo sin permiso. No esperaba respuesta, pero la casa, o eso quise creer, pareció hacer un ligero crujido en el parqué, como quien se acomoda para escuchar mejor. No me daba miedo.

Encontré el primer nombre una tarde de domingo, rascando una capa de pintura descascarillada. Estaba fregando el suelo del pasillo cuando vi una mancha irregular en el rodapié, cerca del suelo. Se adivinaba algo escrito debajo. Me agaché, rasqué con cuidado y apareció una palabra, delgada, en mayúsculas: *TERESA*. Más adelante, casi a la altura del marco de la puerta de la cocina, otra grieta dejaba ver otro nombre: *CARMEN*. En la esquina del salón, cerca del enchufe donde yo cargaba el móvil cada noche, se distinguía una sílaba medio borrada: *ROS*...

Era como si la casa hubiera estado llena de firmas diminutas de mujeres empeñadas en no desaparecer del todo. Nombres escritos a ras de suelo, donde nadie miraba. Nombres condenados a ser cubiertos por capas y capas de pintura nueva. Empecé a sentir que no estaba sola en absoluto.

Una tarde invité a una amiga a tomar café. Llegó tarde, cansada, con esa mirada que yo conocía bien. Mientras hablaba, noté cómo la mesa parecía alejarse unos milímetros de la pared. Es que llego a casa y no paro —decía—. Y él ayuda, ¿eh? Ayuda mucho. Pero todo lo tengo que pensar yo. Hasta cuándo hay que ayudar. No sé si me explico...

Noté un crujido suave en los azulejos. Mi amiga no pareció oírlo. —A veces me dan ganas de desaparecer un rato. Pero si desaparezco yo, se cae todo.

Mientras la escuchaba, tuve una certeza absurda pero clarísima: si ella se quedaba mucho tiempo en esa cocina, la encimera se iría separando de la pared hasta que ella terminara haciendo malabares para alcanzar los platos. Cuando se fue, la acompañé a la puerta. Al cerrar, el eco en el recibidor me pareció más largo. Me quedé de pie un momento, en silencio, sintiendo cómo la casa se acomodaba de nuevo. —No voy

a encogerme por ti —dije, casi sin darme cuenta, otra vez apretando los dientes. El pasillo hizo un ruido leve, como una risa incrédula.

La habitación más grande de la casa estaba al final del pasillo, a la izquierda. Tenía dos ventanas, un armario enorme y una pared entera vacía. Desde que me mudé, decidí no usarla. No sabía muy bien por qué. Decía que era el “cuarto de invitados”, aunque nunca venía nadie a dormir. Cada vez que pasaba por delante de esa puerta, tenía la sensación de que el pomo estaba un poco más lejos. No era solo la distancia: era la resistencia. Así que una noche, harta de sentir que me movía dentro de una maqueta que cambiaba de escala cuando yo pestañeaba, encendí todas las luces del pasillo y me planté frente a la puerta. La manilla estaba fría. Al girarla, me pareció notar un temblor ligero, como un suspiro contenido. Empujé. La puerta se abrió con un gemido largo. La habitación era enorme. Mucho más de lo que recordaba cuando me enseñaron la casa. Las paredes parecían retroceder a medida que avanzaba. El suelo, de madera vieja, tenía zonas que brillaban más, como si los pasos de alguien las hubieran trazado durante años en una ruta invisible.

En la pared enfrente de la puerta, la pintura estaba desconchada en varios puntos. Me acerqué. Entre los desconchones, había algo más que humedad. Había trazos, líneas rectas, curvas, marcas de tiza. Me separé un poco y lo vi: parecía un mapa. No un mapa de países ni de ciudades, sino un mapa de habitaciones. El contorno de la casa, dibujado una y otra vez, con leves variaciones. En algunos dibujos las estancias eran más pequeñas. En otros, se extendían como si alguien hubiera tirado de sus bordes con fuerza.

Al lado de cada dibujo, una fecha: *1952. 1968. 1979. 1994. 2007.* Junto a algunas fechas, un nombre: *“Teresa se marcha”. “Carmen se queda sola”. “Amalia se divorcia”. “Rosa enferma”.* Las letras estaban medio borradas, pero muchas de ellas aún se podían descifrar.

Sentí un escalofrío. Aquella pared era un registro. Un archivo. Un acta no oficial de las vidas que habían pasado por allí. Y entonces, en una esquina, casi a ras de suelo, vi una frase escrita con lápiz, tan fina que tuve que agacharme mucho para leerla: *“La casa crece cada vez que nosotras nos hacemos más pequeñas.”* Me quedé clavada. Leí la frase tres veces. La casa crujió levemente bajo mis pies. No sé cuánto tiempo

estuve allí, de pie, frente a la pared. Recordé a mi madre diciendo que “una buena mujer no molesta”, a mi abuela caminando siempre pegada a la pared en las reuniones familiares, a las compañeras de trabajos antiguos pidiendo perdón antes de dar una opinión. Recordé mis propias renunciaciones: los “no pasa nada, ya voy yo”, los “tranquilos, yo me ocupo”, los “no te preocupes, no me importa cambiar mis planes”.

Sentí, con una claridad casi dolorosa, que cada gesto de encogimiento había encontrado refugio en algún lugar. Que no se desvanecía sin más. Que el mundo, por algún sitio, guardaba memoria de nuestras retiradas. Estaba en la casa. Ya está bien —dije en voz alta. Mi voz rebotó en las paredes y tardó un segundo más de lo normal en volver a mí. Di unos pasos hacia atrás, hasta situarme en el centro exacto de la habitación, o lo que me pareció el centro. Me senté en el suelo, cruzando las piernas. No en un rincón, no pegada a la pared, no ocupando un hueco discreto: en medio. En medio del todo y de un todo. Como si ese espacio me perteneciera.

Respiré. Sentí el peso de mi cuerpo repartiéndose sobre la madera. Cerré los ojos. La casa hizo un ruido profundo, largo, como el de las vigas al enfriarse después de un día de mucho sol. No era un crujido de amenaza, sino de ajuste, como si se recolocara. Abrí los ojos. Miré a mi alrededor. Tuve la impresión, por un instante, de que las paredes habían dejado de moverse.

—Voy a vivir aquí —le dije, sin saber muy bien a quién. A la casa, a las mujeres de los nombres, a mí misma—. Pero no voy a hacerme pequeña. El silencio que siguió fue distinto a todos los silencios anteriores. Más denso, más lleno. No era una ausencia: era una espera. Me incorporé despacio. Me acerqué otra vez a la pared del mapa. Debajo de todas aquellas fechas, en un hueco todavía vacío, apoyé la mano. Sentí la rugosidad de la pintura, el eco de otras manos, tal vez. Cogí un lápiz del bolsillo de mi sudadera. Escribí, con mi letra, ni grande ni pequeña, la fecha de aquel día. Dudé un segundo antes de añadir algo más. Luego, con el pulso firme, tracé una frase: “*Hoy me quedo.*” Al hacerlo, la lámpara del techo osciló ligeramente, como si alguien hubiera soltado un hilo invisible. La madera dejó de crujir. El aire se volvió un poco más templado. Salí de la habitación sin cerrar del todo la puerta. Esa noche supe que la casa no iba a seguir creciendo. No porque hubiera dejado de guardar memoria, sino porque alguien estaba dispuesta a ocuparla entera. A habitarla. Por primera vez, el espacio de sobra era para mí. Y no pensaba devolverlo.